

## XVI

## A LOS HISTORIADORES

★

Sed jueces, sed apóstoles, sed sacerdotes, decid lo cierto. ¡Sobre todo, no explicuéis los traidores! Porque la explicación acaba por parecerse á la indulgencia espantosa, y esto hace temblar. No me contéis un oprobio notorio como si contarais una historia cualquiera.

¿Cuál es la cantidad de asesinatos permitidos? ¿Hasta dónde puede haber inteligencia con los enemigos? ¿Hasta dónde se puede cortar el cuello á la patria? ¿La espalda de Raguse está demasiado castigada? ¿Merece Dupont todo lo que le abrumó?—No, no; no quiero investigaciones de esas. Me estremezco, el rubor sube á mi rostro, esto es todo. Quiero ser un ignorante de vergüenza. Quiero permanecer estúpido y furioso ante los golpes de la suerte, los golpes de mar, los golpes de viento, á los que viene á añadirse el alevoso asesinato de un cobarde. Tomo el crimen en masa. El que me tranquiliza me enfada. No, la historia no es un lavaje de albañal. ¡Historiadores, tened desprecio por los traidores, no vaguéis con vuestras lámparas por su bodega; no digáis: Sin embargo, aquel cobarde era un bravo! No indaguéis cómo se construye y se esclarece su maldad. Dejad para la noche tales monstruos. ¡Adónde iríamos á parar si se encontrara explicación para el hombre que tal día entregó París ó

hizo traición á Roma! Discutir es ya absolver vagamente.

¡Cómo alegaréis esto y aquello! ¡Cómo es posible que se llegue á ser aquel extraño miserable! ¡Cómo me explicaréis el por qué del fango! ¡Me haréis tocar con el dedo que el soldado, teniendo por consigna el alto deber de morir, ha podido vender al pueblo, y á Francia y al ejército! ¡Que hollando su renombre ha podido llegar á ser tráfuga, sin náuseas y sin rebelión, y que en la piel del león había una zorra!

Para tales hechos, cuyo espanto penetra en mí, tendréis pretextos, quién sabe, y tal vez razones. No, no estoy de humor para escuchar vuestros discursos cuando me llama en su socorro nuestro antiguo honor, cuando la desgracia pública pasa por debajo de mi ventana. Si el traicionero abyecto viene á pedirme gracia, soy de bronce, soy sordo, ciego y mudo; tendría horror de mí mismo si mi corazón temblara.

Sabed que no me conviene comprender que un hombre, teniendo la espada en la mano, haya podido entregarla; no quiero saber si aquel miserable se equivocó; no me conviene inculcar en mi espíritu el itinerario espantoso que siguió el parricidio; no quiero que algún escritor grave me elucide, apoyándose en hechos clasificados y variados, el cerebro de Clouet, el corazón de Dumouriez. Mi estrofa es la euménide y yo persigo á Orestes. Asesino es bastante. Esta palabra lo dice todo. Lo demás es inútil y tal vez perjudicial. Es preciso que venga Juvenal y levante el patíbulo, y que Esquilo, dios negro, justiciero olimpico, hiera al traidor con el plano de la épica espada.

Quando un bellaco execrado por el pueblo al que

perdió, un mercader de patria y de honor, un bandido, os toma por abogados, oh pensadores; cuando se atreve á llevaros su legajo, á encargaros de su causa, estoy contento de vosotros, justos historiadores, si vuestro pleitear consiste en fulminar.

★

Toda explicación de un monstruo lo atenúa; quiero á la perfidia inmundada completamente desnuda. El criminal, mostrado al descubierto á todos los ojos, produce mejor un estremecimiento y me espanta mejor. Para ciertos crímenes la clemencia es connivencia. Cuando avanzo por el interior de un gran crimen; cuando está descubierto en la sombra un cadáver augusto; cuando se trata del seno entreabierto de mi madre; cuando el impuro obrero de una execrable trama, Monk entregando un país, Deutz entregando una mujer, Coriolano, Leclerc, Pichegru, se me representan; cuando entro en aquella alma y en esta selva, tiemblo, y ante aquella negra aproximación quiero estar advertido por el terrible grito de la historia.

Ante la afrenta, ante el traidor á su país, ¡oh dolor!; ante los campos paternos invadidos, ante el estertor espantoso de las ciudades violadas, ante la sangre derramada por nada en las refriegas, por dispuesto que uno esté al perdón, ¡no!, ¡jamás!, es preciso castigar.—Ante Bailén, ante Metz, nuestro corazón se oprime por la Francia en llanto. La lapidación pública es necesaria. ¡Al suelo todos, hiramosl, y que el aplastamiento del bandido quede bajo la sombra y las piedras humeantes. ¡No haya perdón! Es preciso ser ó vengador ó cómplice; y todo lo que no es crimen, es suplicio, ¡ay!

Lo que yo quiero matar no es él, es su crimen. ¡Ese hombre ha faltado, ha huido, lo ha perdido todo!

★

Para el alma espantable y vil; para el que entregó la puerta de la ciudad; que entregó á sus soldados como se entrega un rebaño; que dió de puñaladas á la gloria y vendió la bandera; para ese hombre de luto, de mentira y de astucia, el sombrío firmamento no admite excusa.

En un siglo en que todo parece borrado, luego que ha pasado un tan cobarde asesino del honor no se tiene ya ganas de vivir, no se sabe ya qué creer; y la virtud, la fe, la probidad, la historia, son como rayos de luz sumergidos en el mar.

Si se quisiera mezclar á ese hombre con los cachorros de la tigre, ésta estaría indignada y confusa; la fiera honradez de los antros le rechaza y en los bosques que se estremecen no le dejan sitio alguno entre los lobos repugnantes, pero inocentes; y siendo una patria la naturaleza toda, en su salvaje y altivo ensueño, aborrece al bellaco á cuyo alrededor va á cuchichear Satán. El astro de los cielos no opina que se pueda quitar su vergüenza á ese condenado, de quien Caín es antecesor, y después de haberle visto traidor, quiere verle infame.

No hagamos dudar á los hombres; dejémosles el horror al matador, al mentiroso, al ladrón; no perturbemos en ellos la noción de lo justo; hagamos lucir ante sus ojos la certeza augusta. El heroísmo es un cielo, el honor es un azul; si entregáis el pueblo á

un obscuro escepticismo, no sabrá cuál es el resplandor que le guía; entonces todo flota; entonces la conciencia humana tiene palideces peores que la negrura.

El esquife en el dilatado mar tiene su advertidor, la brújula; navega; y los hombres tienen el alma. Dejadles ese consejo, dejadles esa llama; la rectitud es su polo y el deber su norte; la flota en medio del mar y el pueblo en medio del destino, siendo la vida brumosa y la sombra profunda, tienen necesidad, en la vasta obscuridad de la onda, la una de ver la estrella y el otro de ver á Dios. Dios es la verdad resplandeciente en medio de las tinieblas, de la duda y de la idolatría; y cuando se presentan los enemigos, es la patria.

Para el que vende á su país, cielo negro, ¡ninguna compasión!

¡Ah! ¡No partamos el crimen por la mitad entre el hosco azar y el hombre miserable! ¡Nada de perdón! Imitemos el abismo venerable que no se deja desviar de su fin. Todo crimen debe pagar tributo al castigo; la justicia es la ley; la ley á la que nada toca; la pena tiene por espada una llama feroz; la espada de aquel ángel horrible no tiene vaina. Como el buho no se convierte en gorrión, como el cuervo no se cambia en paloma, un pérfido no puede ser un justo, y la tumba deposita y cierra sobre él su tapa para siempre.

Los pueblos, cuyo honor es su solo punto de apoyo, quieren que el destino arroje sobre aquel monstruo ejemplar una catástrofe igual á su cólera; conviene que Judas tenga á Judas por verdugo; yo apruebo la bala que derribó á Moreau y que aquel día fué pa-  
recida al trueno.

\*

Todo ese inesperado formidable por donde se vaga, que se llama historia, cuya sombra tiene el cielo por reflejo, es el Océano tembloroso, terrible, y, por más que tenga vagos movimientos de cuna, es el precipicio. El hombre, en tales profundidades, trabaja, busca, sufre, y la esperanza, dulce ave, vuela hacia adelante. ¡Oh piloto demonio que hace traición al buque! ¡Desgraciado del marinero monstruoso que se arrastra y con su barrena hace un agujero en la carena cuando el navío lucha presa de los aquilones! Historiador, sed implacable con los follones. Me siento inclemente cuando la patria expira; encontrando peor la vergüenza, no odio á la muerte; no soy severo y terrible á medias; cuando se trata de poner en fuga al enemigo, exijo el furor, el esfuerzo, el éxito. Vos tenéis el trágico estilete de Tácito; pues bien, sed feroz y duro. Me disgusta que el narrador haga una descripción demasiado detallada de la dificultad de combatir, y calcule complacientemente el lugar, la hora, el crepúsculo, la distancia, el tiempo de andar el cañón; si los soldados estaban ó no bien dispuestos; si no se había dado orden contradictoria. No me gusta oír hablar así de historia; y ese montón de argumentos, de motivos, de razones, es animar siniestramente las traiciones. El pleito es sombrío y la excusa es insana. ¡Ah! ¿Sembráis Grouchy? ¡Recogéis Bazaine!

15 enero 1875.

## XVII

## VICTORIAS Y PROGRESOS

## CONQUISTAS DE LA RELIGIÓN

Garaste triunfó de la enciclopedia. Tartufo es grande,—la Iglesia tenía la enfermedad; está en tratamiento en casa del doctor Véron. Sbrigani junta las manos; Crispín vuelve al seno; Pasquín está perfumado de mirra y de cinamomo. Roberto Macaire, viejo, se ha sentido en su alma presa de la ambición de un fin honroso; Veuillot se ha hecho serafín en el paraíso. Se ha hecho allí muy útil; abre la tienda, sabe el arte de adaptar el libelo al cántico, y por lo bajo murmura á través del *Credo*: cuando yo seré párroco, Bertrand será sacristán. Teniendo un poco, en su calidad de mirador oblicuo, la inspección de la cosa pública, vigila hoy el espíritu de novedad; para él la prensa libre es una obscuridad y la filosofía un hacer ruido durante la noche; en la iglesia el claustro y en el arte el coturno; en el Estado el guardia de orden público, esto es todo. Nada antes de Hildebrano, nada después de Loyola. Scopin le ayuda. Declama: ¡Infierno, crimen, herejías! ¡Temblad, almas enrojecidas más que á medias! Gentes honradas, yo soy quien os pasa por el tamiz, tened fe sólo en el buen Dios permitido. ¡Pensad que aquí estoy yo!—Mascarrilla dice: ¡Cuidado! Como la conciencia humana es una tremolina, se hace su conductor; sabe el camino recto; quiere que, después del motín y los grandes golpes, el pueblo se arrepienta, tenga el alma llena de

fastidio, lllore, y vaya de la Bastilla á la Magdalena. Toda la verdad está contenida en el *Syllabus*. El pensamiento, fuera de la Iglesia, es un abuso, y todo lo que sobreviene no es más que error y tumultos; en pie en el estribo del ómnibus de los cultos, atrancando la puerta, dice á todo el que viene: ¡Lleno! Falstaff, cuya barba se triplicaba tan alegremente, es devoto. ¿Qué sirve? La misa. Se asocia al dogma, y sus hipos huelen á ortodoxia; cose un salmo á la punta de su copla; un alma libre con las alas abiertas le disgusta; montando la guardia al rededor del misal, aquel hombre grueso reza, y su vientre toma parte en causa por Roma; dice que no se debe dejar sin examen que el hombre comunique con el espíritu humano, que es bueno temerlo todo y, por miedo á aventurarse, guardar lo eterno detrás de un claustro; cree; su estómago se empareja con el sagrado corazón; se instala vencedor en el negro umbral del misterio, dispuesto á tapar con su mesa como barricada el precipicio; consagra al solo culto augusto y verdadero lo que queda á sus piés de los buenos vinos que bebió; en servir á los Jehovás enfurruñados, y las religiones muertas y corrompidas, todo el arsenal roto de sus francas comilonas. No entiendo que se vaya á través del cielo azul, de la sombra inmensa, fuera del Papa, en busca de Dios; niega á los pensadores el aire, el horizonte, el espacio, plantando más allá de la bula *In Coena Domini*, para impedir que pase el espíritu humano, todos sus cascoes de botella en la pared del infinito.

## XVIII

¡Oh sombría mujer! Un día, no teniendo ya reino, parecerás, espectro, ante el gran fastasma; y Él, el ser ideal, el solo ser viviente, te dirá:—¿Qué eres? .

Temblorosa como la rama muerta á merced del viento, ¡ay!, dirás:—Era reina.

—¿Eras mujer?

—Oh Dios, mi serena juventud fué hermosa y dulce en brazos de un marido triunfante; tuve el poder con la dicha; siendo muy niña, llevaba un gran cetro antiguo y negro de moho.

—El cetro importa poco. ¿Qué hacía tu rueca mientras todo un pueblo se inclinaba á tus piés? Responde. ¿Qué has hilado?

—La cuerda de la horca.

24 noviembre 1867.

Ayer fueron ahorcados en Manchester los tres fenianos Larkin, Alten y Gould.

## XIX

### LA CUESTIÓN SOCIAL

¡No, no, no! No es por medio de la astucia, os digo, como tendréis razón sobre el precipicio y el prodigio; los huracanes no se desconciertan poco ni mucho por nuestros expedientes y nuestras habilidades; no, no creo que el aquilón se apacigüe por consideración á Blondin flotando sobre su trapecio, ni que un hombre de Estado dé miedo al relámpago á fuerza de danzar sobre una cuerda en el aire; el trueno no es

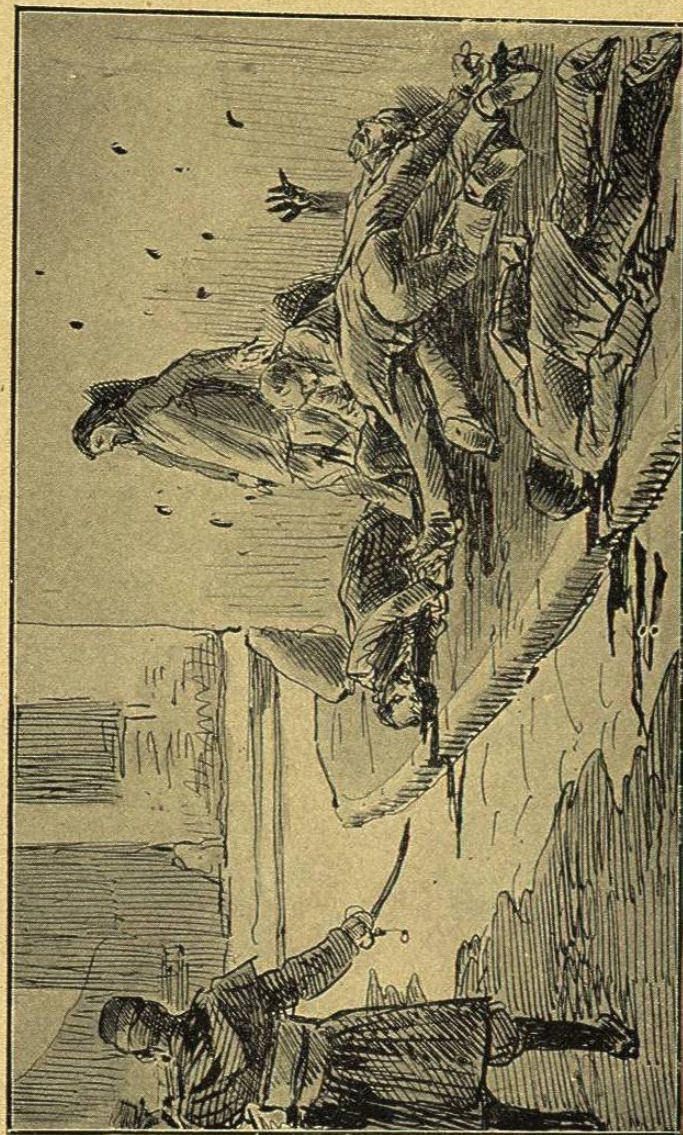
un perro mal humorado que cojea, al que nuestros latigazos hacen meter de nuevo en su casilla. Jesucristo, tal como está en san Lucas y san Marcos, veía la política distintamente que Bismarck y veía la justicia de otro modo que Delangle; al hombre á quien se pega, al hombre á quien se ahoga, le prodigaba los cuidados del buen samaritano; si los vencidos trataban de escapar al destino, su templo ofrecía asilo á su trágica huida; tanto es así, que seguramente lo hubieran expulsado de Bélgica.

Oh mar, tú subirás á tu nivel fatal. No hay emperadores ni magistrados, y no hay tridente, precipicio ni cuenca que puedan hacer efecto alguno á tus olas; el abismo es la tempestuosa morada de Dios; ese espantoso medio no se calmará aún cuando se mandaran ingenuas ninfas á reirse y mostrarse en él desnudas hasta el ombligo. Ese profundo Océano, el género humano, conoce el instante en que muere el día, la hora en que nace la estrella; tiene su ley, el flujo y el reflujo, el espacio, y ve el fondo de la sombra por donde pasa Leviatán; crece sobre una playa y decrece sobre otra; su Ecuador burbujea, hierve, y sus polos tienen frío; pero no oye al señor Rouher; sigue siendo la vasta ondá, tan pronto alegre como funesta, áspera, enorme, imposible de dominar, aunque se pusieran Bonaparte haciendo de Neptuno y Devienne de Tritón.

Pueblo, en tu caos, á veces negro de inmunda espuma, el que duda nada ve, el pensador halla un mundo; tú subes, tú bajas, vuelves á subir; no tienes puertas ni cerraduras, ni llaves ni candados; vas por el infinito, libertad formidable. Dios te hace navegable y te deja continuar siendo insondable; en vano el escéptico te lanza su plomada; mar cerrada para Pirrón, te abres á Colón.

## XX

¡Cómo! ¡Ha de verse siempre—insensato quien lo piense—el mal sin castigo, el bien sin recompensa! ¿Sueñas tú que siempre estarán los unos arriba, reyes á quienes el trono hace exentos del patíbulo, sacerdotes grandes por el mal, soldados fuertes por el crimen, y los otros abajo, sufriendo todo el abismo? ¿Ves tú por alguna parte inclinarse y desmoronarse el cielo? Todo tiene su contrapeso. ¿Acaso existes tú sin la gran equidad que se revela y vibra y luce en todas partes en el inmenso equilibrio? Di, ¿crees que los unos van á estar mal y los otros bien, que los unos lo tendrán todo no teniendo los otros nada, éstos sin pan, aquéllos cubriendo de manjares sus mesas, y que no vendrán reflujos temibles? Espera el desenlace. El fin pondrá el sello. Cuenta con los regresos. Crees que el cerdo, comedor formidable de toda podredumbre, no hará su comida de vuestros vómitos ¡ay! y no sufrirá bajo el cielo el tormento de abrir la boca en el fondo del eterno albañal y de ser el ser infecto pisoteado por el ser horrible; y que no llegará día, un día terrible, en que el monstruo, inclinado sobre todos, resplandeciente con el sombrío fulgor del mundo que fine, salpicando todo lo que ha vivido en la basura, aquéllos cuyo corazón fué negro, aquellos cuya alma fué dura, los sacerdotes en el altar, los reyes en su cimera en un hipo vengador les devolverá su estiércol!



## XXI

## LOS JÓVENES

Hombres jóvenes nacidos bajo el imperio rapaz, frescos, sonrosados y helados, decís cuando yo paso: —«¡Ah, ya! ¿Qué es ese hombre? ¡Está loco! Los viejos tienen por deber ser viejos. Un buho no tiene el derecho de gustarle el sol. A su edad debería hacer el personaje del Invierno y no extenderse en insensatos vuelos. ¡Cómo, dice todavía cuando nosotros decimos bastante! A nosotros nos basta una almenara; él necesita el alba inmensa. Va gritando: ¡Progreso! ¡Fraternidad! ¡Clemencia! Niñada. Se encuentra en el caso pueril de aceptar un deber que contiene un peligro. Quiere la libertad cuando tiene la vejez; ¿qué va á hacer con ella? Abuelo, deja lo que te abandona; ¿cuándo habrás acabado de tener veinte años, anciano? Él quiere el pleno medio día, á nosotros nos gusta la bruma; al saco de oro que nos encanta, él prefiere... ¡una idea! Cuando el hombre es viejo, le sienta bien que el alma tenga arrugas. Él quiere derechos para nosotros que queremos escudos. Piensa que se hace mal aplastando á los vencidos; no ve que Octavio está cubierto por Augusto; llega á no comprender que es justo hacer arcabucear por el señor Galifét á la gente de quien se tiene miedo, aun cuando no haya hecho nada; que se necesitan buenos verdugos en la guerra civil y que no se debe compadecer á un pueblo ó una ciudad por unos cuantos descamisados que se han cogido, puesto bajo llave, ó matado, que no se compadecerá á un campo que se ha escardado.

»¡Cómo, á nosotros es á quienes educa la razón ese cabezotro duro, ingenuo y caduco! Está lleno de quimera y lleno de visión. Como el alción y como el ruiseñor, canta durante la noche y corre á la tempestad. Esa alma vieja parece siempre dispuesta al combate; si fuera preciso, volvería á empezar el destierro. Es estúpido. Ven acá, buen hombre, sabe que hay dos infancias, y sabe, Argán, que se vuelve á ella; la una está cerca de la cuna, la otra cerca de la tumba. Las piedras, los silbidos, eso es lo que se te debe. No sin razón se te señala con el dedo y un rorro constituye tu alegría y tu cabeza blanca se inclina hacia los niños como hacia sus semejantes. A tu edad, demasiada juventud es caso grave; es bueno no ser muchacho cuando se es vejancón. No declamamos. Ve el fondo real de las cosas. Aceptamos los hechos sin buscar las causas, decimos la verdad crudamente: el hombre es completo cuando es el más fuerte. Se es rico, se recrea uno en ello; ¿no es esto una cosa sencillísima? Diógenes, rabiando de ver comer á Trimalción, le molesta. La política es el arte útil de escamondar. Cuando la savia desborda y superabunda en la primavera, un podón da cuenta de aquella vagabunda; cortar la rama inútil que perjudica al vecino está bien hecho; ¿un jardinero es un asesino? Estando el árbol recargado de un follaje inútil y feroz, se le salva cuando se le mutila. ¿Quién está, pues, de más? ¿Nosotros, gente de ingenio que brillamos? No, sino los que no tienen razón de ser, los camastros, los girones, las miserias, los mehdigos, los que tú recomiendas, modrego, y los muertos de hambre son las ramas golosas.

»El hombre de estado real, toma su tiempo; éste, diestro, sabe ser Monk, y fuerte, ser Syla. ¡Cómo! ¡Tu edad ignora y la nuestra te enseña! El pueblo es un

calenturiento que á veces es preciso sangrar; el hombre hábil y grande entre los soberanos es el que le ata sobre los riñones una camisa de fuerza; el pueblo, que es nuestro pegaso, es nuestro borrico.

»Sin duda es necesario saber usar de retórica, jurar que se es del siglo y que se respetará la libertad, los derechos del hombre, etc.; esto suena bien. Pero toda alma un poco maliciosa acaba por apoyarse en la tropa de línea. Planes seguros y preparados en la sombra, se coronan con una matanza afortunada que se hace bendecir después. El escrúpulo empieza donde acaba la victoria. Tales son los tiempos, tales son los corazones, tal es la historia. ¿No te da vergüenza que te llamen inocente? Nosotros apreciamos, ten esto presente, al tres por ciento, un gran sable y Bismarck. Lo demás se desprecia.»

Sea; imberbes doctores, mofaos de mi barba gris, que, no obstante, no debería crear más que envidiosos: sí, es verdad, yo soy joven y vosotros sois viejos.

18 agosto 1874.

## XXII

Oh, sus amigos de ayer, no de hoy, que él encuentre la prudencia buena para vosotros y que os apruebe, esto debe bastaros. Él dice: Renegad de mí, y sonríe. Prosigue su camino sin emoción; menester es que el corazón de los hombres se revele.

¿Creéis que para él, que permanece derecho cuando se está arrodillado, es cosa nueva hacer cara á los ton-